COMEDIA NUEVA.

LA MAS HEROYCA *ESPARTANA*.

EN TRES ACTOS.

SU AUTOR

DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

PERSONAS.

Pisistrato, Rey de Atenas, esposo de	
Casandane, joven espartana.	
Megacles, Presidente de los Archoontes, hermano de	
Sorene, amante de	
Uclides, afecto á Pisistrato.	Senad.
Pristanes, confid. de Megacles.	Senad.
Licurgo, enemigo de Megacles.	Senad.
Arages, gran Sacerdote de Minerva, Maestro de Pisistrato.	
Astiages, capitan de la guardia.	
Araspe, caudillo de los Megarienses.	
Licas, amigo de Araspe.	
Sacerdotisas de Minerva.	
Soldados Argivos.	
Soldados Atenienses.	
Soldados Megarienses.	

La Scena se representa en Atenas.

ACTO PRIMERO.

Noche obscura. El teatro representa con los bastidores de la derecha un trozo de selva: con los de la izquierda los muros de Atenas, y el Alcazar de Minerva con puerta transitable. El rio Iliso corre de derecha á izquierda: surgidero en la parte que parezca mas oportuno, y una lancha anclada de la otra parte del rio. Al levantar el telon, aparecen en la lancha Pisistrato, Pristanes, y alguna tripulacion. Por un portillo del muro, que debe figurar un bastidor, sale Megacles, como observando la scena, y poco despues Uclides con una antorcha en la mano.

Meg. Oh quánto la obscuridad
de la noche mi designio
favorece! Ya á las puertas
del Templo, que Codro mismo
consagró á Minerva, estamos,
Uclides. Este ès el sitio,
y la hora destinada
á aclarar todo el abismo
de dudas que te ocasiona,
el oir que al trono digno
de Atenas vuelve de nuevo
Pisistrato. *Uclid.* No averiguo
cómo ha de ser. *Meg.* Vé, examina
con cuidado este recinto,
no sea qué algun pastor,
casualmente, pueda oirnos,
y se aventure el secreto.
Uclid. Quál vendrá á ser su designio?

Vá exâminando con atencion toda la Scena.

Meg. Ya, Pisistrato, segun
me dió Pristanes aviso,
estará de la otra parte
del Iliso prevenido,
esperando que le dé
la seña. Corazon mio,
ardua es la empresa; mas nada
te acobarde, pues has visto
que mi poder y mi ardid,
mas arduas las han vencido
en todos tiempos.
Uclid. A nadie *volviendo.*
en este contorno he visto.
Meg. Espera, pues, un instante
y echarás de ver mi fino
ingenio. *camina ácia el Templo.*
Uclid. Al Templo camina. *observandole.*
Qué intentará! Confundido
me tiene quanto oigo y veo.
La puerta, sino deliro,
abrió con llave maestra.
Si: ya entró en el Templo mismo,
y volvió á entornarla. Quál
será su idea? Su indigno
caracter::: no, yo no acabo
de creer lo que me dixo.
Pisistrato, de quien fue
siempre mortal enemigo,
volver por su influxo ahora
á reynar? Mui conocido
interes le ha de mover
á hacerle tan gran servicio,
pues sino::: pero ya sale,
si no me engaño, seguido
de algun Sacerdote.
Por la puerta del Templo Megacles, y Arages.
Meg. Uclides,
llegate, que el que conmigo
ves, es Arages, supremo
Sacerdote, y fidedigno
oraculo de Minerva.
Ambos, estoy persuadido,
que en favor del desgraciado
Pisistrato, vuestro auxîlio
me prestareis. *Uclid.* Soy su hechura,
soy noble y agradecido,
que es decir que en favor suyo
perderé el aliento mio.
Arag. Y yo, y todo.
Meg. Pues en esa
suposicion, corre amigo, *á Uclid.*
fixa esa encendida antorcha
en el surgidero mismo,
y vuelve á este sitio. *Uclid.* Quando
saldré de este laberinto?
Vase al surgidero, dexa en él la antorcha, y vuelve.
Meg. Ya es hora de que las crudas
disensiones que han traido
su ruina á Atenas, acaben,
y renazca de improviso
entre nosotros la paz,
que en algun tiempo nos hizo
dichosos y formidables.
A tí, Arages, conseguirlo
te toca, y á mí el mostrarte
los medios. *Arag.* Quáles son? Dilos:
que á trueque de libertar
á Atenas de su exterminio,
á que tú y Licurgo, opuestos
en su daño de contínuo,
la conducís, estoy pronto
á perder con heroismo
el último aliento. *Meg.* Acaso
estarás tú persuadido,
como otros alucinados,
á que fomenté yo mismo
la sedicion, que ha tres años
que privó del trono digno
de Atenas, al valeroso
Pisistrato. *Arag.* Artos motivos
tengo para creerlo: en fin,
no es del caso el repetirlos.
Meg. Porque veas que son falsos,
sabe, Arages, que en el mismo
instante en que huyó, dexando
malogrados los designios
de los viles que incendiaron
su Palacio, tuve aviso
de que pasó á Salamina,
y que vivia escondido
con la idea de valerse
de algun instante propicio

para recobrar su trono.
Suscitaronse al principio
mil disturvios, por querer
Licurgo, en claro perjuicio
de mi autoridad, dictar
nuevas leyes á su arbitrio,
y no estarme bien á mí
ni á Atenas el consentirlo.
Viendo pues ya la Ciudad
en bandos, quasi perdido
nuestro esplendor, y no léjos
nuestra ruina, determino
valerme de mi poder
y el de mis muchos amigos,
para volver hoy al trono
á Pisistrato. Le aviso
con efecto mi intencion.

Pisistrato y Pristanes vienen en la lancha, acia el surgidero.

Le hallo pronto (no me admiro
que á quien no ciegan, deslumbran
de un trono los atractivos.)
Gano en secreto los votos
de mis parciales: les miro
inclinados á aclamarle
segunda vez, y me animo
á hacer presente al Senado
lo conveniente ó preciso,
que era el elegir un Rey,
que baxo de nuestro antiguo
sistema nos gobernase.
Oponese en los principios
Licurgo; mas viéndose
sin suficiente partido
para destruir el voto
comun del pueblo, convino
en que hoy se eligiese Rey,
mas consultando el divino
oraculo de Minerva
para ello. Al instante aviso
á Pisistrato:::

Pisistrato y Pristanes saltan á tierra.

Arag. Detente
que acia la margen del rio
se oye rumor. *Meg* Sosegaos,
y esperad. *Camina acia ellos.*
Pis. Gente distingo.
Prist. Pues que la seña pusieron,
no hay duda que en este sitio
está Megacles. *Meg.* Quién va?
Pris. El es. Megacles. *Meg.* Amigo,
y el Rey? *Pris.* Aqui está. *Meg.* Señor,
Conduciendo de la mano á Pisistrato.
llegad á donde rendidos
y leales os tributen
hoy su obediencia conmigo,
Arages y Uclides. *Uclid.* Oh
momento unico propicio
de mi vida! Puedo creer,
Señor, que á tus pies me miro?
Arag. Ah gran Pisistrato! Ya
ninguna ventura envidio,
pues os veo vivo. *Pis.* Si,
vivo estoy: el Cielo mismo
me conservó, para dar *(abrazandoles.*
el premio que ha merecido
vuestra lealtad. *Meg.* No perdamos
estos instantes propicios,
Señor. El dia se acerca
é importa estar prevenidos,
para que no se malogre
el golpe. *Arag.* Qué esperas? Dinos
pues, lo que á los dos nos toca
hacer para conseguirlo.
Meg. Apenas la aurora anuncie
con su luz y su rocio
la venida del Sol, todo
el Areopago, asistido
de el Pueblo de Atenas, debe
juntarse en aqueste mismo
Templo, á ofrecer á la sabia
Minerva algun sacrificio,
para que su voz nos diga
quien debe ser elegido
Rey de Atenas. Atí, entonces, *á Arag.*
proteger nuestro designio
te toca, diciendo, como
voz de su oraculo digno,
que el primer hombre que hallemos
al salir del Templo mismo
debe reynar. Vos, Señor, *á Pis.*
estareis ya prevenido
á las puertas, como que
á ellas os ha conducido
la curiosidad de ver
con que singular motivo

en ese sagrado alcazar
se celebra un sacrificio
con asistencia del pueblo,
cosa que hasta aqui no ha sido
concedida mas que á el Rey
una vez en el festivo
dia de su exâltacion.
Que aunque vuestros enemigos
sorprehendidos reconozcan
en vos, el monarca mismo
que destronaron, creerán
que disposicion ha sido
de Minerva, de quien hoy
disfrutais el patrocinio.
Pues si alguno se opusiere
por fuerza ha de decidirlo
el poder, y ese le tengo
yo cifrado en mis amigos.
No es una ingeniosa traza?

Pis. Como tuya. *Meg.* Es el arbitrio
unico para que entreis
á vengaros de los mismos
que contra vos conspiraron.

Pis. Mucho te debo. *Meg.* No aspiro
á mas que á desengañaros
de que parte no he tenido
en vuestras degracias. *Pis.* Cómo
podia yo presumirlo
de tu lealtad? Ah traidor
que penetro tus designios! *ap.*

Uclid. Yo no sé que discurrir
de todo: mas desconfio *ap.*
mucho de este aleve. *Pis.* Arages
qué te tiene suspendido?

Arag. Nada, Señor. Qué misterio
encerrará este servicio? *ap.*

Meg. Si mi artificiosa traza
á Arages no ha complacido,
ó no se atreve á exponer
por vos::: *Arag.* Megacles, yo estimo
esta vida que me resta,
quando como donativo
de los Dioses la contemplo:
pero luego que la miro
como flor que nace y muere
en un periodo mismo,
me es muy despreciable para
no darla con regocijo
en obsequio de mi Rey
y mi patria. Ya me has visto
antes de ahora exponerla
con religioso heroismo
enmedio de vuestros bandos
odiosos, sin mas designio
que el de evitar la ruina
de Atenas: cómo has podido
pues, creer que me acobarde
en el dia algun peligro,
quando se trata de el bien
del Estado y de un amigo?
Me es repugnante, es verdad,
darle á costa de un delito
el Reyno que le quitaron:
mas pues no hay otro camino
de restablecer la paz
y el buen orden que ha perdido
por falta de Rey Atenas,
pronto estoy: arto te digo.

Prist. Oh, cómo penetra Arages *ap.*
sus ambiciosos designios!

Meg. Arages, sé tu nobleza,
sé tu lealtad y tu brio,
mas pudiera::: *Arag.* No pudiera,
pues yo á Pisistrato estimo
por hombre, y por hombre justo,
no por Rey. *Pis.* En fin, yo estimo
á todos el interes
que mostrais en mi destino,
y desde ahora prometo
compensarlo, si benignos
los Dioses me restituyen
al trono con vuestro auxîlio.
A tí Megacles, pues eres
el movil, segun he visto,
de mi gloria, te renuevo
la oferta que por escrito
te hice de dar la mano
á Sorene, y aun contigo
partir el Reyno. *Arag.* A Sorene, (do?
Señor. *Pis.* Sí, Arages. *Uclid.* Qué he oi-
Ya está patente el arcano *ap.*
que encerraba este servicio:
y ya (ay Sorene!) la causa
de tus mudanzas he visto.

Pis. Qué te admira? Si perdí
en el incendio el hechizo

de Casandane, discurres
(hablame sin artificios)
que pueda hallar otra acaso
mas digna de mi cariño
que Serene? *Arag.* No Señor,
pero como no se ha dicho
hasta ahora, que haya muerto
Casandane::: *Pis.* Ay dulce amigo,
que aquella hermosura fué
victima infeliz del vivo
rencor de un pueblo insolente.
Murió en el palacio mismo
abrasada, antes que yo
me salvase del peligro.
Arag. La visteis vos? *Pis.* No, porque
en aquel instante mismo
que la voz de los leales
llegó á advertirme el peligro,
corrí á su quarto á salvarla,
y ya le hallé consumido
por las llamas. Pero al ver
que despues no se ha sabido
de ella, yo creo, y convienen
todos en que ha perecido.
Meg. Amas, que hay quien asegura
que entonces vió entre infinitos
cadáveres que en las ruinas
se hallaron el suyo. *Arag.* Digo
que puede ser. Ya yo tengo *ap.*
sus intentos conocidos.
Pis. En fin, lo he resuelto ya,
y ha de subir hoy conmigo
Serene al trono. *Arag.* No hará,
que aun hay quien pueda impedirlo. *ap.*
Uclid. Alma, ya es el olvidar
tu solo, y postrer alivio. *ap.*
No sé si lo acierta el Rey, *al oido á Arag.*
Arages, pues el designio
de este aleve::: *Arag.* Le penetro;
pero no ha de conseguirlo. *ap.*
Meg. Ah si yo verle casado
hoy con mi hermana consigo,
serán todos mis contrarios
victimas del rencor mio. *ap.*
Arages, Uclides, ved
que es hora de prevenirnos.
Arag. Por mí pronto está ya todo.
Meg. Pues mientras los tres partimos
á recordar su promesa
á nuestros deudos y amigos,
vos hasta la hora precisa
retiraos donde visto
no podais ser. *Pis.* Está bien.
Los Dioses vuestro designio
favorezcan, si conviene
á la patria. *Meg.* Cuenta amigo *á Arag.*
que del disimulo tuyo
pende todo el triunfo mio.
Arag. Ve descuidado, que yo *ap.*
frustraré tus artificios *entra en el Templo.*
Meg. Idos, Señor, no se arriesgue
todo si sois conocido.
Pis. Si haré. Fortuna, tú eleva
al mismo que has abatido. *vase.*
Meg. Pristanes, Uclides, vamos
y demos un peregrino
testimonio de lealtad
á los venideros siglos,
y á Atenas un Rey prudente,
sabio, animoso y benigno.
Uclid. Ah malvado, que penetro
tu interior como tú mismo. *vanse.*

Atrio corto del Templo: Casandane en traje de Sacerdotisa por la izquierda, y poco despues Arag. por la derecha.

Cas. No, Casande, no muestres
tan debil, tan abatido
tu espiritu: tú no debes
preferir á tu peligro
una vida vergonzosa.
No: huyamos ya de este sitio
para siempre. *Arag.* Deteneos:
Casandane, yo deliro, *reconociendola.*
dónde vais? *Cas.* Arages, donde
me lleve mi cruel destino.
Arag. Qué os mueve á querer dexar
este alcazar que de asilo
sirvió á vuestros infortunios?
Pues no habeis en él vivido
ignorada y confundida
Va aclarando poco á poco.
entre el numero excesivo
de nobles Sacerdotisas,
tres años? Pues qué motivo
os obliga hoy á dexarle?
Cas. Arages, no has conocido

lo generoso , lo grande
de este corazon : es mio,
y es Espartano. Jamás
consiguieron abatirlo
las desgracias , bien lo sabes.
Yo con ánimo tranquilo
ví incendiado por cobardes
manos , mi Palacio altivo:
salí por entre las llamas
boraces , sin otro auxîlio
que el de mi espíritu. Halleme
sola ; muerto , ó fugitivo
mi esposo , cambié , por esta
túnica humilde de lino,
la purpura ; Arages , nada
alteró el ánimo mio,
ni puede alterarle nunca
la adversidad. He vivido
hasta aqui desconocida,
con el glorioso designio
de cobrar , con el favor
de mi Padre , á quien he escrito
mi situacion , este Reyno.
No, Arages , pienses que el brillo
me ciega , que si cobrarle
queria , como ahora he dicho,
era para despreciarlo
despues. Pero has presumido
á Casadane tan débil,
que , ó muerto como imagino,
mi esposo , ó bien en remotos
climas , como dicen , vivo,
pueda sufrir que hoy del Pueblo
el inconstante capricho,
eleve al trono de Atenas,
á otro ? No es tan poco altivo
mi corazon , no. Me vieras
con el mayor heroismo
correr antes á la muerte
misma : al Tribunal iniquo
de los Archoontes bolára;
reprehendéria su impio
proceder , defenderia
constante , mi conocido
derecho al trono. Mas veo
que no es el mejor camino
de asegurar mi venganza,
que es á todo lo que aspiro.
Para lograrlo , no alcanzo
medio mas seguro , y digno
de mi valor , que pasar
atropellando peligros
á Lacedemonia. Armar
contra Atenas , el invicto
brazo de Ariston mi Padre,
y á la frente de su dignos
y feroces Espartanos,
traer el llanto , el conflicto,
el terror , la asolacion,
la afrenta , y el exterminio
á esta ciudad , porque quede
con tan exemplar castigo
de una ofendida Espartana
memoria eterna á los siglos, *en acto de*
Arag. Tened , Señora , que os es *(partir.*
el cielo ya mas propicio
que pensais. *Cas.* Cómo ? Qué dices?
Arag. Que sin pedir ese auxîlio
á vuestro Padre , os vereis
hoy colocada en el digno
trono de Atenas , al lado
de vuestro esposo. *Cas.* Qué he oido!
pues qué , Pisistrato vive ?
Arag. Si. *acaba de aclarar.*
Cas. No engañes mi martirio.
Arag. Acaba de separarse
de mí. *Cas.* Pues dónde ha vivido?
Cómo se arriesga á venir
á Atenas , ó con qué arbitrio
piensa recobrar el trono ?
Arag. Pues que ya el feliz arribo
de la aurora , nos anuncian
las aves con regocijo,
y es la hora , en que asistir
deben al gran sacrificio
nobleza y pueblo de Atenas,
venid , Señora , conmigo,
que al paso que satisfaga
vuestras dudas , es preciso
que os instruya de lo que
debeis hacer. *Cas.* No replico.
Arag. Y pues por la escrupulosa
clausura de este retiro,
del qual ni es lícito á alguna
salir por ningun motivo,
ni menos entrar en él

á otro que el Rey, en el digno
dia de su elevacion,
conoceros no han podido
las Sacerdotisas, cuenta
no malogreis mi designio
con daros á conocer.
Cas. Aquese cuidado es mio.
Arag. Pues vamos, que si los Dioses
son á mi ruego propicios,
Megacles. *Cas.* Qué?
Arag. Vá á ver hoy
de su ambicion en castigo,
que ha labrado por su mano
la ruina de sí mismo. *vanse.*

Suntuoso Templo de Minerva, con su estatua, adornada de los distintivos de Minerva y Palas sobre un pedestal. Delante de él, una ara con el fuego sagrado. Algunas Sacerdotisas con túnicas blancas talares, coronadas de laurel y oliva, el cabello suelto, y el rostro cubierto, al rededor del ara. A cada lado una especie de tribuna baxa, ó corredor, con algunos asientos. Al descubrirse la mutacion, entonan las Sacerdotisas el hymno siguiente, con el qual va saliendo por la derecha el pueblo Ateniense, algunos Senadores, Uclides, Pristanes, Megacles, Licurgo, y Sorene; y por lo interior del Templo, Arages con el cuchillo dorado en la mano, y Casandane tambien de Sacerdotista, el rostro cubierto, y una bandeja en la mano con las víctimas que dexará sobre la ara, y quedará á un lado de ella, dexando el otro á Arages. El pueblo, Sorene, y Pristanes, despues de hacer un profundo acatamiento al Simulacro, quedan en pie á las puntas del teatro: y los demas toman asiento en las dos tribunas, ocupando los primos lugares de ellas, Megacles, y Licurgo.

Mús. „ Venid Atenienses,
„ al gran sacrificio,
„ que falta la ofrenda,
„ y sobra el cuchillo.
Lic. Licurgo os habla, Atenienses,
oid. Nada me ha debido *se levanta.*
mas atencion, mas desvelo,
mas cuidado, y aun afirmo
que mas disgustos, que el ver
como conservar tranquilo
y venturoso este Estado.
Con esta idea, yo mismo
os dicté leyes, impuse
á las virtudes y vicios
penas, y premios: cuidé
de fomentar con ahinco
la agricultura, el comercio,
las artes, y quanto he visto
que podia hacer á Atenas
felice. He vuelto á su antiguo
esplendor el Areopágo,
años hace instituido
por Cecrope. Reformé
el despótico dominio
de los Archoontes, en quienes
dexó Solon refundido
todo el poder que tuvieron
nuestros Reyes. En fin, hijos,
nada omití por haceros
felices. Pero yo he visto
que es infructuoso todo,
mientras no diereis sumisos
la obediencia á un dueño. Donde
muchos mandan, esto es fijo,
nadie obedece; pues como
varian entre sí mismos
al mandar, y el pueblo vé
que son opuestos sus juicios,
por no saber á quien de ellos
debe obedecer, he visto
que á nadie obedece. Ved
demostrado este principio
en la sabia, en la admirable
formacion del hombre mismo.
¿Tiene mas que una cabeza,
á la que los infinitos
miembros del cuerpo obedecen?
Pues si hubiera discurrido
el Criador, que podia
tener mejor equilibrio,
esta hechura de su mano,
gobernada como he dicho
por mas cabezas, la hubiera

dado una sola? Es delirio
el pensarlo. Pues imagen
del hombre, es un pueblo, amigos.
Cuerpo es compuesto de muchos
miembros, que han de ser regidos
por un impulso, una voz,
una ley sola, un caudillo;
en fin, por una cabeza,
si en un perfecto equilibrio,
órden, y buena armonia
se ha de conservar. Opino
así, y á este solo efecto,
congregaros hoy quisimos
en este alcazar, porque
siendo el santuario mismo
de la gran sabiduria,
por ella sola influidos
resolvierais con acierto.
Hablé, ya cumplí conmigo. *se sienta.*

Meg. Yo, gran Licurgo, no solo *se lev.*
me adhiero á quanto habeis dicho,
sino que aclarando mas
ese axîoma, ese principio
incontestable del buen
órden, Atenienses, digo
y sostengo, que no basta
verse un estado regido
por una sola cabeza,
sino se hallan refundidos
en ella, todo el poder
y fuerzas para regirlo.
Un Legislador, un Juez,
un Presidente, un Caudillo,
mandará como absoluto
y solo; pero imagino,
que sus decretos jamas
serán tan obedecidos,
como lo fueran tal vez
expedidos por él mismo,
si como Rey los dictase.
A una cabeza ó Caudillo
le constituye la voz
inconstante de un partido:
manda, mas es como quien
manda á un número de amigos,
ó quando mas de parciales,
que en aquel instante mismo
en que les parece dura
la ley, ni la dan oido
ni obediencia. Pero al Rey
le hace Rey, un decisivo
derecho, ó consentimiento.
Le afianza aquel preciso
juramento de obediencia,
que le prestaron sumisos.
Manda á sus vasallos, no
á sus parciales ó amigos:
manda como Rey, y es
como Rey obedecido,
porque su ley ó decreto,
lleva un no sé qué consigo
de respetable y sagrado,
que aun contra nosotros mismo
hace que le obedezcamos
por temor, ó por cariño.
un Rey mantiene las leyes
en su vigor primitivo,
porque no necesitando
de favor, no es corrompido,
como puede serlo un Juez,
Legislador ó Caudillo.
Un Rey da esplendor á un pueblo
y como que está su mismo
interes en ello, cuida
de dilatar sus dominios;
y en fin, le hace respetable
á otros Reyes. Los Egypcios,
los Medos, Persas, Sidonios,
Chipriotas, Licios, Asirios,
y en fin, hasta nuestra Grecia
desengañada, ha seguido
el ventajoso sistema
que hoy defiendo. Rey, amigos,
Rey necesitamos; si es
que le quereis, elegidlo,
y sea vuestro el acierto,
ya que el consejo sea mio. *se sienta*

Uclid. Eso no, Megacles: yo *se levant.*
no apruebo que el Pueblo mismo
le elija, y daré para ello
dos poderosos motivos:
El primero, que es dificil
que todos opinen digno
del trono á un mismo sugeto,
y si en vandos dividido
votase cada faccion

por uno, será preciso
que lo decida la fuerza
con manifiesto perjuicio
de la patria; y aun así
nadie quedará elegido.
El segundo, que aunque todos
á una voz y por un juicio
aclamen á uno, mañana
descontentos de ese mismo,
creerán que los que bastaron
á darle este reyno, unidos,
pueden quitársele, y este
Megacles, no era el camino
de hacernos felices. A esto
debo añadir, que elegido
seria probablemente,
no aquel, que fuere mas digno
de mandarnos, sino el que
tuviere mejor partido.
Lic. Quién pues deberá elegirle?
Uclid. Los Dioses: y así á ellos mismos
tocará solo juzgarle
y defenderle. *Meg.* Me ciño
á tu dictamen. *Sen.* Y yo.
Lic. Qué decis vosotros, hijos?
Prist. Que al oráculo apelemos
de Minerva, es lo que digo,
en nombre de todos. *Lic.* Pues
Arages, el sacrificio
comience; y tú, como que eres
intérprete del divino
oráculo, le consulta,
que ya á su voz nos ceñimos.
Arag. Pues el hymno empiece, y todos
callad. *Meg.* Logré mi designio. *ap.*
Todos se ponen en pie en ademan de suplicar á la Deidad.
Mús. „O tu casta Tritonia,
„baxa del sacro olimpo,
„y del devoto Pueblo
„oye el voto, y admite el sacrificio.
Durante el hymno, Arages abre las víctimas, hace que las arranca las entrañas, y queda exâminándolas enagenado, mientras se dicen estos versos, y se repite el hymno.
Sor. Pues se va verificando
hasta aquí, lo que me dixo
mi hermano, bien pronto aguardo
vengarme de los desvios
de un ingrato, aunque despues *ap.*
me pese. *Lic.* Oh si elegido *ap.*
fuera yo! *Meg.* Temor, si Arages
cumplirá lo que ha ofrecido,
ó si Minerva ofendida,
dará á mi ardid el castigo
malogrando mis ideas? *ap.*
Cas. Volved á entonar el hymno. *Mús Sac.*
Mús. „Sabia Minerva, atiende
„el ruego de tu Pueblo,
„y pues un Rey te pide,
„dásele, y haz feliz con él al reyno.
Arag. Basta, que ya la Deidad
el ruego oyó, y le ha atendido.
Tod. Cómo? *descendiendo á la Esc.*
Arag. Dándoos Rey. *Tod.* Quién es,
Arages, el escogido?
Arag. No sé, pues la misteriosa
voz del oráculo, dixo,
que el primer hombre que halleis
al salir del Templo, el mismo
es que ha de reynar. *Lic.* Estais
contentos con el arbitrio?
Tod. Sí, pues nos le da Minerva.
Lic. Mi esperanza ha fenecido. *ap.*
Ucl. Que aguardamos pues? seguidme
Atenienses, y á este sitio
sea conducido el Rey
que del Cielo recibimos.
Vase seguido del pueblo Pristanes y algunos Senadores.
Meg. Si Pisistrato se habrá
descuidado? Si ha temido
que le vean, y se habrá
alexado de este sitio?
Cas. Ay Arages, que se agita
demasiado el pecho mio. *al oido á Ar.*
Arag. No temais. *Meg.* En vano, en vano
á tranquilizarme aspiro. *ap.*
Dent. Uclid. Viva el Rey de Atenas.
Dent. tod. Viva.
Sor. Ah con qué inquietud respiro!
Vuelven á salir todos, conduciendo á Pisistrato.
Uclid. Pisistrato es nuestro Rey.
Cas. Venturas, qué es lo que miro?

Lic. Qué veo? *Arag.* Ya mi inquietud
cesó. *Meg.* Mi fin se ha cumplido. *ap.*
Lic. No puedo volver en mí
de mi asombro. *Pis.* Esto es preciso. *ap.*
Nobles Atenienses, ya
es hora que de este abismo
de dudas en que me veo
me saqueis. Quién dió motivo
á vuestro júbilo? Cómo,
quando yo habia creido
hallar iras y desprecios
en vuestro rencor antiguo,
vengo á hallar aclamaciones
tan festivas? *Meg.* El motivo
le sabreis despues, que ahora
solo es del caso deciros,
que segunda vez al trono
os conduce el Cielo mismo.
Lic. Pisistrato, nuestro Rey
eres. *Pis.* Me habeis confundido.
Lic. Y así, yo el primero::: *en acto de*
Pis. Ten, (*hincar la rodilla.*
que debo antes advertiros
dos cosas. *Meg.* Quales, señor?
Pis. Que me hallo muy ofendido
de vosotros, y por mas
que quiera darlo al olvido,
si mando, no están seguros
de mi rigor los impios
que me ofendieron. La otra
es, que escarmentado vivo;
y que si os disimulaba
en otro tiempo, benigno,
algunos leves excesos,
hoy, si en el trono me miro,
vendré á ser mas justiciero,
tal vez, que habeis presumido:
con que pensadlo ahora bien
no llegueis á arrepentiros.
Voces. Viva Pisistrato. *Meg.* Todos,
gran Señor, os han oido;
pero todos os aclaman.
Pis. Siendo así, no me resisto.
Vuestro Rey soy, Atenienses.
Arag. Venid pues, donde por rito
nuestro, debeis recibir
las reales insignias. *Pis.* Sigo
vuestros pasos. *Cas.* Qué ventura!
Lic. Qué pesar! *Uclid.* Qué regocijo!
Meg. Corazon, ya tus deseos
van á quedar hoy cumplidos. *ap.*
Arag. Venid todos. *Pis.* Atenienses,
no Rey, un padre benigno
hallará en mí todo aquel
que llene sus respectivos
deberes; pero ninguno
falte por algun motivo
á lo que me debe á mí,
porque por los Dioses mismos
que hoy á mi trono me vuelven,
segun ahora habeis dicho,
que ha de quedar en Atenas
memoria de su castigo.

ACTO SEGUNDO.

Plaza corta de Atenas con vista del palacio á la izquierda. Suena una agradable marcha instrumental, precedida de las primeras voces, y salen por la derecha el pueblo de Atenas, los Senadores, Pristanes, Sorene, Megacles, Licurgo, Arages, Uclides, y en un carro triunfal rodeado de la guardia con sable en mano. Casandane en pie con el trage y armas de Minerva y el rostro cubierto, y á sus pies sentado Pisistrato con todas las insignias reales.

Voces. Viva el padre de la patria.
Otros y Meg. Recibid á vuestro Rey,
Atenienses, pues la misma
Minerva os le envia hoy
con su gran Sacerdotisa.
Todos. Viva Pisistrato.

Aquí empieza la marcha, hasta que se ocultan por la izquierda menos Arages, que es detenido por Uclides.

Uclid. Arages
espera un instante. *Arag.* Mira
que puede notar el Rey
nuestra detencion. *Uclid.* Si estimas
como yo su fama, advierte
quánto su fama peligra
si da á Sorene la mano
como ofreció. Las impias
miras de Megacles::: *Arag.* Nada
receles. *Uclid.* Tú que dominas
su corazon, no consientas

que forme para la ruina
suya y de Atenas, un lazo
tan pernicioso. *Arag.* Respira
con quietud, y cree que
hoy verá desvanecida
Megacles, su detestable
idea. *Uclid.* Cómo? *Arag.* Camina
y admirarás los arcanos
de la Suprema Justicia.

Vánse por la izquierda: descúbrese un salon regio con trono de dos asientos al frente, y á sus lados la respectiva guardia. Al derecho una mesa, y sobre ella un azafate con insignias reales: sigue ahora la marcha instrumental, y van saliendo los Senadores, Sorene, Pristanes, Megacles, Licurgo, Uclides, Arages y Pisistrato conducido por Casandane.

Sor. Zelos! quán grato se ofrece
hoy este trono á mi vista,
con la esperanza de verme
vengada y obedecida. *ap.*

Cas. Ay amor! que apenas basto
á contener mi alegria. *ap.*

Arag. Ya señor, por eleccion
de Minerva, á quien sumisa
pidió Rey la noble Atenas,
volveis de nuevo este dia
á mandar sobre nosotros.
Ese, el trono que os destina,
es: ocupadle; mas ved
que elige en él la justicia
su mas digno santuario:
amadla mucho, servidla
y conservadla, que ella es
la sola basa en que estriba
vuestro poder: mas cuidado
no vuestra flaqueza misma,
llegue á equivocar tal vez
la crueldad con la justicia.

Pis. No, sabio Arages. *Arag.* Subid
pues, al trono, y la alegria
y lealtad os tributen
su vasallage este dia.

Pis. Antes que le ocupe, es bien
que dé á Atenas la mas digna
prueba de que la amo. Yo
pudiera, si bien se mira,
elegir entre las muchas,
hermosas y esclarecidas
princesas de nuestra Grecia
una, para esposa mia.
Pero porque vean todos
el sumo aprecio, y la estima
que hago yo de mis vasallos,
mi grandeza determina,
partir con Sorene el trono,
haciendola en este dia
mi esposa y Reyna de Atenas.

Lic. Que es lo que he oido, desdichas! *ap.*

Cas. Ay Pisistrato, qué pronto
tus juramentos olvidas! *ap.*

Meg. Señor::: *Pis.* Levanta á mis brazos
y tú Sorene divina,
recibe mi mano, y sella
hoy con la tuya mi dicha.

Sor. La magestad me deslumbra,
Señor. *Meg.* Vencí. *Lic.* Mi ruina *ap.*
va á ser esta union. *ap.* *Pis.* Vasallos,
amigos, el que mi fina
voluntad, merecer quiera,
diga conmigo, que viva
Sorene. *Voces con Prist.* Viva Sorene.

Cas. Yo cambiaré tu alegria *ap.*

Uclid. Ah ingrata, quánto te tiene
la aclamacion engreida! *ap.*
Arages. *Arag.* Calla. *al oido.*

Meg. La envidia
devora á Licurgo. Pero
hoy será de mi ojeriza
victima su orgullo. *Pis.* Arages,
no se dilaten mis dichas
un instante mas: y puesto
que á la gran Sacerdotisa
de Minerva, toca hoy
poner las reales insignias
á mi esposa, llega ya, *á Sorene.*
y vos:::

Meg. Ya es cierta mi dicha! *á Casand.*

Pis. Cumplid vuestro ministerio.

Cas. Ah infiel! Voy. Teme mis iras.

Casandane dexa la lanza y escudo, y toma de la bandeja la corona.

Uclid. Arages. *Arag.* Calla. *al oido.*

Uclid. El, sin duda,

este vínculo autoriza. *ap.*
Cas. Pues con aquesta diadema
coronar mi mano misma
debe á vuestra esposa, en nombre
de la deidad peregrina
que este acto preside, ciño
con ella las sienes mias.
Quítase el velo, se pone la corona, y todos se sorprehenden.
Pis. Qué veo? *Lic. y Uclid.* Qué miro?
Sor. Dioses,
sueño? *Prist.* Será fantasia?
Meg. Casandane es. *Arag.* Con qué asombro
la miran todos! *Cas.* Prosiga
el aparatoso acto,
pues si es que le suspendiais
solo por dar Reyna á Atenas,
ya en Casandane la mira.
Pis. Pues como ::: *Meg.* Señora vos:::
Sor. Un mármol soy á su vista.
Cas. Qué os admira? qué os suspende?
Pis. Yo::: *Cas.* Calla infiel. *con disimulo.*
Lic. y Uclid. Que alegria!
Meg. Alma, el pesar desmintamos. *ap.*
Ya el placer de veros viva,
Señora, todo el asombro
que recibimos disipa.
Cas. De tu lealtad no lo dudo. *con tono irónico.*
Sorene, tú me creerias
muerta ya como tu hermano?
Sor. Como esa infausta noticia
corrió en Atenas ::: *Cas.* Pues ya
la ves hoy desvanecida.
Ya ves que vivo. *Sor.* Y me doy
de ello el parabien. *Cas.* Amiga,
yo bien veo que es sensible
perder en un solo dia
un reyno y un buen esposo;
pero en tanto que yo viva,
tendrás paciencia, Sorene,
que ambas alhajas son mias.
Meg. Quedamos bien, ambicion. *ap.*
Pis. Vuelto ya, esposa querida,
del asombro que causó
á todos tu repentina
presencia, que desvanezcas
nuestra confusion querria.
Cas. Basta decir, que en el Templo
de Minerva mis desdichas
hallaron seguro asilo,
desde aquel funesto dia
que te perdí: que he pasado
por su gran Sacerdotisa
desde entonces, sin ser de otro
que de Arages conocida.
Que vi tu fineza, y como
soy yo tan agradecida
vine á pagarla. *Pis.* Oh momento
el mas dulce de mi vida!
Hijos, pues me vuelve el cielo
reyno y esposa en un dia,
vuestro amor y lealtad
hagan completa mi dicha.
Sor. Vanidad, que nos sucede?
Voc. y Ar. Viva Pisistrato. *Voc. y Ucl.* Viva
Casandane. *Pis.* Llega al trono,
adorada esposa mia,
porque leal Atenas bese
tu pie, y tus leyes reciba. *suben al trono.*
Meg. Y yo he de ser el primero
Besando la mano á Pis. y despues á Cas.
que doblando la rodilla,
por mis Reyes os aclame,
y que mi obediencia os rinda.
Pis. Yo, Megacles, la recibo,
y que la premie confia.
Cas. Mal disimula la rabia
que le devora. *Sor.* La dicha,
que ganandoos he perdido, *haciendo lo mismo.*
tan solo aquesta podria
compensarla. *Pis.* Alza Sorene.
Cas. Cómo demuestra su envidia!
Pis. Y persuádete á que solo
ganando tanto, podria
perderte á tí y no sentirlo.
Cas. Ni es culpa tuya ni mia,
Sorene, sino de quien
te dió tan falsas noticias.
Sor. Es asi. Quánto me cansa
su altivez!
Lic. Ya es mas propicia
Besandole la mano, y despues á Cas.
mi suerte. Señor, los Dioses
que os eligen, os asistan,
y para gloria de Atenas
dilaten hoy vuestra vida.

Por la der. *Ast.* Gran Señor, en este ins-
de Phalare nos avisan (tante,
que han descubierto una esquadra
Megariense, y solicita,
segun las señas, hacer
desembarco en la vecina
costa. *Pis.* Y qué en Phalare no hay
Descienden del trono.
bageles que se lo impidan?
Lic. Pocos serán, porque el cuerpo
de nuestra armada hace dias
que ha salido á castigar
á los Cretenses. *Pis.* Es Licias
quien la manda? *Lic.* Si señor.
Pis. Pues que salga á toda prisa
en busca suya la nave
mas veloz, que prevenida
esté, y donde quiera que
la alcanzare, á Licias diga,
que vuelva con diligencia
á cortar á la enemiga.
Ast. Está bien. *v.* *Meg.* Oh si viniera
Araspe en ella por dicha. *ap.*
Pis. Tú, Uclides, parte y dispon
que estén luego prevenidas
mis Legiones: y vosotros *vase Uclid.*
A Licurgo, Megacles y Pristanes.
id á hacer esta imprevista
novedad presente á Atenas,
animando su lucida
y valerosa nobleza,
á tomar en este dia
las armas, como lo hace
quando la patria peligra.
Lic. Vamos. *Meg.* Ambicion, aunque hoy
malogró la suerte esquiva
mi idea, ya mi discurso
me ha inspirado otra mas fina. *vanse.*
Pis. Y Tú, Casandane hermosa,
templa tus injustas iras
conmigo, y no el digno gozo
que reynar debe este dia
en tu corazon, le altere
esta funesta noticia.
Cas. No son tan debiles almas
las que abortan las colinas
que el Eurotas baña. Allí,
ni aun el sexô debilita
los corazones: pues como
son unas costumbres mismas
las que influyen en nosotros,
igualmente nos inclinan.
Somos adustas, feroces
é intratables: las delicias
nos cansan, y al paso que
la música nos fastidia,
nos halaga el eco ronco
del clarin y la bocina.
Si, Pisistrato, tan léjos
de alterarme la noticia
ver cubierta esa campiña
de enemigas huestes, pues
no bien de mí será oida
la funesta seña, quando
que dixiste, ya deseo
vibrando la lanza misma
de Palas, me verá Atenas
entre las haces altivas
de Megara, sembrar hoy
la consternacion, la ira,
la confusion, el lamento,
el terror y la ignominia.
Pis. Oh alma grande y generosa. *hace que*
Cas. No vienes, Sorene mia? *(se váy vuelve*
Sor. Ya os sigo. *Cas.* Ven, y ya que
hoy la fortuna te quita
el sér esposa del Rey,
serás de la Reyna amiga.
Sor. Pensamiento, el vuelo abate; *ap.*
pues el destino te humilla. *vanse.*
Arag. Ya Señor, me han concedido
los altos Dioses la dicha
que anhelé. Ya colocado
con general alegria
del Reyno, os veo en el trono
al lado de vuestra fina
y constante esposa. Ahora
para que sea cumplida,
resta que los hechos vuestros
os hagan digno este dia
de este Reyno, y del amor
de los Dioses. *Pis.* Tú encamina
mis pasos: y pues la obra
empezaste, concluirla
te toca. Mi maestro fuiste
en mi tierna edad. Tus dignas

máxîmas, hasta hoy reglaron
todas las acciones mias;
pero como cada estado
exîge norma distinta,
y son las obligaciones
de un Principe, si se mira
á las de vasallo, opuestas,
forzoso será que el dia
que á ser Principe he pasado,
diversas máximas siga.
Arag. Es verdad, y yo estoy pronto
á daros las que, en la fina
politica de otros Reyes
estudié. La altaneria
del hombre, por lo comun
admite con conocida
violencia la ley de otro hombre;
y aunque la experiencia misma
le muestre que no hay estado
en el mundo que subsista
sin gran subordinacion,
como aun el nombre le irrita,
para que ellos obedezcan
con docilidad, precisa
que vos, Principe, mandeis
con moderacion. La digna
autoridad que gozais,
procurad siempre, que os sirva
solo para reprimir
las pasiones que dominan
á los que hoy os obedecen,
sin que el tenerla os engria,
que no puede ser buen Rey
quien de que es hombre se olvida.
La felicidad de el pueblo
ha de ser la vuestra misma,
que pues el afán del hombre
solo á su bien se encamina,
quando os afaneis por vos,
él de el fruto participa.
Para elegir un ministro
que os alivie en la fatiga
del gobierno, estudiad antes
su corazon, noche y dia;
pero si una vez le dais
vuestra confianza digna,
cuenta no se la quiteis
sin causa muy conocida,
muy legitima y muy grave,
Señor, que al fin, el artista
que hoy deshace por su mano,
lo que ayer hizo, acredita,
si la obra es buena, inconstancia,
si es mala la obra, impericia.
Sobre todo, no os fieis
de quien nunca os contradiga,
pues ó no entiende lo que oye,
ó engañaros solicita,
y os dañará su ignorancia
tanto como su malicia.
Sed justo, mas no trateis
siempre al hombre que delinca,
con la dureza y rigor
que su culpa merecia,
pues entonces vendrá á ser
ferocidad la justicia.
Haced que todos conozcan,
que es obligacion precisa
de qualquier buen ciudadano,
el remediar las desdichas
de otro; pues este es el modo
de hacer menos excesiva
la riqueza de los unos,
y mejorar la infinita
pobreza de otros, que á veces
un grande estado arruina.
Pues yo he visto que del mismo
modo mata la excesiva
robustez, que la sobrada
debilidad, si con prisa
no se acude á una y á otra,
con substancias y sangrias.
Reducid la multitud
de leyes que hay recibidas
en Atenas, á un pequeño
numero de ellas, sencillas,
cortas y claras; pues fuera
de que las mas, si se mira,
son inutiles, la propia
experiencia me acredita,
que á todo cuerpo, los muchos
remedios le debilitan.
Procurad tambien, Señor,
á no ser con conocida
necesidad, no alterar
las costumbres recibidas,

usos ni trages: pues vemos
que si algun arbol se vicia
ó tuerce ácia un lado, es
toda la maña precisa
para que no se quebrante,
si al opuesto se le inclina.
Y finalmente, Señor,
cuidad que os deba este dia
la religion, la atencion
primera hasta dar la vida
en defensa de sus ritos;
pues si es ella la mas digna
basa de la autoridad
que gozais, en la hora misma
que ella os faltase, creed
que esa autoridad peligra.
Gravad en el corazon
aquestas máxîmas mias,
si deseais gobernar
con acierto: sí; seguidlas,
Pisistrato, que ellas bastan
á haceros, si se exâmina,
á vos un gran Rey, y á Atenas,
una feliz Monarquia.
Pero si acaso no os veis
con ánimo de seguirlas,
á nadie digais que Arages
es, quien en el trono os guia,
ni menos que vuestro maestro
fué; porque me afrentaria
(la verdad) de que en el trono
no obrarais como debiais,
y creyera nuestra Grecia
que obrabais por mi doctrina. *vase.*
Pis. No, sabio Arages, tus luces
serán mi segura guia. *Casandane por*
Pero Casandane hermosa, (*la izquierda.*
posible es que á verte viva
llego despues de tres años
que está llorando mi fina
voluntad tu muerte? *Cas.* Ya,
y por templar la excesiva
pena que esto te causaba,
á unirte á Sorene ibas.
Y que luego las mugeres
que no hay hombre firme digan!
Pis. El ofrecerme Megacles
el trono con la precisa
condicion de que á su hermana
me uniese::: *Cas.* No, no prosigais,
calla lo ambicioso, ya
que lo mal amante digas.
Era esta la fé, que un tiempo
juraste que guardarias
á la sombra de tu esposa,
si es que la sobrevivias?
Eran estas las promesas
de que ni aun la muerte misma
romperia el tierno lazo
que nuestras almas unia?
Pis. Casandane, tú creerás
lo que tu dolor te inspira;
pero yo sé que te adoro
con el alma y con la vida.
Cas. Yo sé tambien que me engañas.
Pis. Ah! Los Dioses me persigan
si tal hago. *Cas.* Pues traidor,
y aquello de: *el que mi fina*
voluntad merecer quiera,
diga conmigo que viva
Sorene? Dí. *Pis.* Fue aparente.
Cas. Y tus finezas? *Pis.* Fingidas.
Cas. Tu corazon::: *Pis.* Todo es tuyo,
y mas que tú no seas mia.
Cas. Mientes, que á Sorene adoras.
Pis. Ya murió::: *Cas.* Pues qué vivia?
Pis. Digo, que murió la causa
que á fingirla amor me obliga.
Cas. Repara que soy zelosa,
Pisistrato, y si algun dia
viera::: qué es verlo? Soñara
no mas, que aquesa enemiga
un suspiro, una mirada
alhagüeña te debia:::
Pis. No lo temas. *Cas.* Ah, si yo
tal supiera, te diria::: *Pis.* Qué?
Cas. Que soy, fui, y seré tuya,
con el alma y con la vida.
Por la der. Uclid. Ya, Señor, las valerosas
Legiones, que de la Lidia
y la Media terror fueron
otro tiempo, conducidas
por tu victoriosa diestra,
con la impaciencia mas digna
tu orden esperan.
Por la derecha Licurg. Ya ocupan

el pie de la alta colina
de Marte, los Magarienses,
Señor. Y segun heridas
del Sol las bruñidas astas,
las aceradas cuchillas,
y escamados petos, dicen,
venciendo con mucha prisa
la caudalosa corriente
del Iliso, sus orillas
vienen tomando. *Pis.* Bien presto
lloraran su nunca vista
temeridad. Ven, Uclides,
haga seña á mis altivas
haces el clarin, que pues
en tan venturoso dia
ha habido quien á irritar
se atreva mi no vencida
diestra, yo haré ver á Atenas,
quando sean abatidas
hasta mis pies las estrellas
de Megara, que á regirla
envia Minerva hoy
su voz, su impulso, y sus iras.

Uclid. Si, gran Pisastro, salga
tu pavorosa cuchilla
á derramar el estrago,
la asolacion y ruina
sobre el enemigo. Riegue
nuestras fertiles campiñas
su altiva sangre. No quede
entre ellos quien la noticia
de su derrota llevar
pueda á Megara este dia.
Para que la ingrata patria,
cuya inconstancia y perfidia
hizo menosprecio ayer
de tu heroyca valentia,
conozca que eres tú solo
el escudo de sus vidas.

Pis. Si haré; vamos á vencer,
Uclides: y tú divina
Espartana, queda en paz,
que pues me llevo esculpida
en el alma tu hechicera
imagen, si ella me anima,
poco tardaré en volver
con la victoria á tu vista. *vase con los 2.*

Cas. Mal conoces mi valor
y mi amor, quando imaginas
que puedo quedar yo en paz
si tú á la guerra caminas.
Ola, Sorene. *Por la izq. Sor.* Señora.

Cas. La lanza y morrion. Mi vida
irá á ser constante escudo
de la suya en este dia.

Por la derecha Megacles, y Pristanes, que traerá en una bandeja una corona.

Meg. Aqui está.

Prist. Y qué es lo que intentas?

Meg. Dí, no es la corona misma,
cuyo cerco envenenar
hice, con la idea fina
de dar muerte en la pasada
sublevacion::: *Prist.* Qué perfidia! *ap.*

Meg. A Pisistrato? *Prist.* A lo menos,
es la que á la amistad mia
fiaste entonces. *Meg.* Pues llega,
que asi enmiendo mis desdichas. *salen.*
Señora, la lealtad
de Atenas, en prueba digna
del gusto con que os recibe
por su Reyna, hoy os envia
esta corona.

Por la izquierda Sorene, con la lanza, morrion y escudo.

Sor. Aqui están.

Cas. Dame. Di á Atenas que estima
Casandane su fineza,
y que en tanto que ella viva,
sus justas solicitudes
hallarán en mí acogida.

Meg. Señora, para que yo
diga al pueblo que admitida
quedó de vos, es preciso,
por ceremonial antigua,
que os la vea puesta. *Prist.* Quánto
sus ideas me horrorizan! *ap.*

Cas. Venga, pues. *Prist.* Y he de encubrir
yo maldad tan inaudita! *ap.*

Llega Pristanes á los pies de Casandane, y al ofrecerla la corona, la dice con disimulo.

Ved que está en ella la muerte.

Cas. Dioses, será fantasia
lo que oigo? *Meg.* Asi de una vez

vengo á asegurar mi dicha.
Cas. Qué haré? Ni á disimular
acierto. *Meg.* Qué suspendida
está! *Cas.* Mas cobrarme importa. *ap.*
Pontela, Sorene mia,
á ver si te sienta bien. *Sor.* Señora:::
Meg. Qué oigo desdichas? *se lev. Prist.*
Cas. Vaya, pontela, que siendo
tú la que hoy á reynar ibas
en Atenas, para tí,
sin duda alguna se haria.
Meg. No, gran Señora, pues es
esta la corona misma *tomando la coron.*
con que sus augustas sienes
ciñeron las siete dignas
Reynas que ha tenido Atenas.
Cas. No importa, pues ella habia
de ceñirsela, á no haber
guardado el Cielo mi vida;
por si muero, y me succede,
quiero versela ceñida:
Pontela. *Sor.* Ya te obedezco. *vá á tom.*
Meg. Ay de mi infelice! Mira (*la corona.*
que encierra un veneno activo *al oido.*
su metal. *Sor.* Dioses. *suspendida.*
. Qué miras?
Qué tiemblas? Complice es ella *ap.*
tabien. *Sor.* Qué haré? *ap.*
. Qué vacilas? *Pris.* Confusos están. *ap.*
. Señora,
no insistais en que lo diga.
. Por qué? *Sor.* Porque ha de ofenderos.
. No hará tal.
Meg. y Prist. Qué irá á decirla! *sobresal-*
. Señora, en quantas historias (*tados.*
he leido, tanto antiguas
como modernas, encuentro
que no hay condicion benigna
en un medio estado, que
no degenere en altiva,
si la fortuna le eleva:
que la Diadema en sí misma
tiene el secreto admirable
de inspirar soberanía;
en fin, que es tal su atractivo,
que el que una vez á ceñirla
llega, con mas gusto dá,
que la Diadema la vida.
Yo, Señora, soy soberbia,
por naturaleza mia,
pero cobré tanto orgullo
mientras vivi persuadida
á que habia de reynar,
que á no ser tan excesiva
mi lealtad, tan extremado
el tierno amor que os tenia,
el renunciar mi esperanza,
me costara á mi la vida,
y eso, sin haber ceñido
la Diadema todavia.
Hoy, pues, que debo á los Dioses
el miraros sin envidia
y sin rencor, que no es poco
en una muger altiva,
ni puede ser honor vuestro,
ni menos cordura mia
el ceñirme esa corona,
para que una vez ceñida,
pensando que es mia toda,
quitarmela no permita.
Y asi humildemente os ruego,
no expongais mi conocida
lealtad á disgustaros,
quando á agradaros aspira.
Fuera de que si la idea
que llevais en que la ciña,
es ver si me sienta bien,
podeis estar persuadida,
á que, si es cierto que solo
sientan las reales insignias
á los que para reynar
nacieron, cosa es precisa,
me siente muy mal á mí,
pues fui á obedecer nacida.
Meg. Corazon, respira, que
dió una oportuna salida. *ap.*
Cas. Si naciste á obedecer,
mal, Sorene, lo acreditas,
pues acriminas tu culpa
mas, con tu disculpa misma.
Al que es modesto por sí,
si á si mismo no se olvida,
ni la elevacion le engrie,
ni su condicion varía.
Pero el que nació soberbio,
aunque en su clase abatida
afecte humildad, apenas
la fortuna le sublima,

se muestra intratable: mas
no es porque entonces varia
su caracter, sino que
muestra el que antes encubria:
luego es su temperamento
quien el orgullo le inspira.
Que ha habido quien por ceñir
una Diadema que envidia,
arrostrase mil peligros,
y quien, si llegó á ceñirla,
primero que la Diadema,
perdiese su propia vida,
no puedo negarlo; pero
ni lo uno ni lo otro harian
si de ambicion carecieran,
luego bien claro se mira,
que mas que aquel atractivo,
les movió su ambicion misma.
No tengas ambicion tú,
que aunque ahora te la ciñas,
no hay riesgo de que repugnes
volverla á mis sienes dignas:
que si por ser tú soberbia
de que no es tuya te olvidas
esta corona, Sorene,
yo te acordaré que es mia.
Pontela. *Sor.* Dioses, qué haré? *ap.*
Meg. Ya una idea peregrina *ap.*
me ocurrió para este apuro.
Como mi hermana esté dia
creyendoos muerta, aceptó
el trono con que la brinda
vuestro esposo, temerá,
con razon, que altaneria,
y no obediencia parezca,
que esta corona se ciña.
Fuera de que es mi lealtad
tanta, que me ofenderia
de que llegara, aun en chanza,
viviendo vos, á admitirla. *dent. caxas.*
Y asi::: *Cas.* Basta, que aunque no
es razon, que convencida.
Hace seña á Prist. de irse, y lo hace.
me dexe, pues nunca yerra
la que obedece sumisa,
llama ahora mi atencion,
segun las caxas avisan,
mayor cuidado: y asi
(veré si en la alevosía
es hoy complice Sorene)
por cumplir con esa antigua
ceremonia que dixiste,
ya que por mi está admitida,
damela me la pondré.
Meg. Se logró la astucia mia. *ap.*
Sor. Qué veo? Tened, Señora. (vida
Meg. Qué intentas? *al oido.* *Cor.* Librar su
Cas. Por qué? *Sor.* Yo no sé: mas no
os la pongais. *Cas.* Qué te obliga
á impedirmelo? *Sor.* No sé.
Meg. Cómo tú tan atrevida:::
Cas. Calla, Megacles. Yo quiero
apurar mas su hidalguia. *ap.*
Hay riesgo en que me la ponga?
Sor. Si le hay. *Cas.* Qual?
Sor. No sé. *Cas.* Este enigma
has de declarar. *Meg.* Ah necia,
que me has perdido. *Sor.* Mi vida
es vuestra, Señora, pero
no espereis que mas os diga.
Cas. Pues qué te mueve á callarlo?
Sor. No sé. *Cas.* Necia estás ya, y mira:
pero es mas necia la que hace
aprecio de tus enigmas.
Dame esa corona. *Sor.* Oid.
Meg. Aparta. *Sor.* Tened. *Cas.* Descifra
pues, este arcano. *Sor.* Si haré.
Meg. Ella lo dice, desdichas. *ap.*
Sor. Pero habeis vos de otorgarme
para despues que lo diga
una gracia. *Cas.* Está otorgada:
En fin, venció su hidalguia.
Sor. Pues, sabed, que aleve mano
ocultó la muerte misma
entre ese metal precioso. *Cas.* Cómo?
Sor. Envenenando impia
el cerco de esa diadema.
Megacles mismo me avisa
el peligro, quando vió
que yo á ponermela iba.
Esta es la razon porque
complaceros resistia,
y la gracia que otorgasteis,
fue el perdon de su perfidia.
Cas. Qué horror! Me es la lealtad
de tu hermano conocida
tanto, Sorene, que ni aun
afirmándolo tú misma

puedo creer tal traicion.
Y porque tú en este dia
te desengañes de que es
soñado todo, (la ira
no me dexa hablar), veras
con que heroica bizarria
se ciñe él esa corona.
Meg. Pese á la desgracia mia.
Cas. Satisfacela, Megacles.
Meg. Yo, Señora? *Cas.* Sí, que estima
mucho mi afecto tu fama,
y quiero que quede limpia.
Meg. Dioses, qué haré? Mas, pues, no
se logró la idea mia,
mi despecho :::
Va á ponerse la corona, y ambas le detienen.
Sor. Qué haces? *Cas.* Tente
bárbaro, que me horroriza
el ver que una culpa atroz
encubrir hoy solicitas
con otra mayor. Acaso
ignoras tú que las mismas
Deidades, son tutelares
invisibles de la vida
de los Reyes? Pues sí: en vano,
hombre malvado, conspiras
guiado de tu ambicion
y rencor contra la mia,
pues verás tus detestables
máquinas desvanecidas
siempre, y no siempre tendrás,
como hoy, la palabra mia,
que es la que detiene ahora
el golpe de mi justicia.
Vete, vete, y no te atrevas
á presentar á mi vista,
sin que tus obras desmientan
primero esta alevosia.
Qué esperas? *Meg.* Corrido voy;
pero á bien que voy con vida. *vase.*
Cas. Tu, Sorene, arroja el aspid,
que entre ese metal se abriga,
y de la tierra sepulte
la horrorosa perfidia.
Creé que tendré impresa
en el alma mientras viva,
tu noble accion. *Sor.* Yo, Señora, *caj.*
hice lo que debia. *vase.*
Cas. Vete ya, que pues las cajas
con roncos ecos avisan
que marchan ya las Legiones,
y con idea distinta
de la beliciosa Palas,
trage la lanza y egida,
ha de decir hoy Megara,
quando la lid encendida
llegue á verme entre sus aces,
ya esgrimiendo la cuchilla,
ó ya bibrando la lanza
con ferocidad no vista,
que el mismo rayo de Jobe
es, el que mi diestra bibra.

ACTO TERCERO.

Aposento corto, y salen por la izquierda Uclides, y Sorene.

Ucl. Que en fin, querida Sorene,
creer de tu fineza puedo,
que el admitir hoy la mano
de Pisistrato, fue efecto
de tu obediencia y lealtad,
y no de tu amor? *Sor.* El tiempo
te responderá por mí
si hoy lo dudas. Yo confieso
que el atractivo del trono
y el creerte ingrato á mi afecto,
me hubieran hecho admitirle,
sino con gusto, á lo menos
sin violencia, por esposo;
pero tambien te protesto
que me pesara despues.
Ucl. Ah! Qué injustos son tus zelos!
Sor. Con que puedo creer tu amor?
Ucl. Así yo::: *Sor.* Calla que creo
que llega mi hermano. Aprisa
ocultate, pues contemplo
que importa que no te vea.
Ucl. Por qué? *Sor.* Ya lo sabrás luego.
Ucl. Dioses, qual será el motivo *ap.*
de tan estraño misterio.
Ocultase por la izquierda, y por la derecha sale Megacles.
Sor. Oh quánto que esté ahora Uclides
en mi defensa agradezco!
Meg. Disimularé mi enojo
con ella, hasta que mi intento
se logre. *Sor.* Su impetuoso
caracter estoy temiendo. *ap.*

Meg. Sorene, aunque yo debiera
castigar en tí el exceso
de indiscrecion, con que hoy
malograste aquel proyecto
admirable que á favor
tuyo concibió mi ingenio,
y con que mi misma vida
pusiste en notable riesgo,
atendiendo solo á que
de tu flaqueza fue efecto, (que
me olvido de todo. *Al paño Ucl.* Aun-
lo oigo todo, nada entiendo.
Sor. Qué querrá mi hermano, Dioses,
que tan afable le veo? *ap.*
Meg. Pero es menester que tú
reflexîones un momento
el estado en que los dos
por culpa tuya nos vemos;
yo tenido por traidor
para siempre, en el concepto
de la Reyna, y tú, el juguete
é irrision de todo el pueblo
desde el pasado desayre. (vengo
A la derecha Ast. Buscando á Sorene
de órden de la Reyna ::: mas
con su hermano está allí: quiero
esperar que quede sola,
por ver si es que hablarla puedo
en mi amor. *Sor.* Qué intentará? *ap.*
Ucl. Quáles serán sus deseos! *ap.*
Meg. Yo, pues, que siempre he vivido
á tus ventajas atento,
acosta de mi peligro
he proporcionado un medio
seguro, con que los dos
nuestra afrenta reparemos.
Sor. A dónde vendrá á parar? *ap.*
Y es? *Meg.* Tú sabes que hace tiempo
que Araspe, de quien he sido
siempre amigo muy estrecho,
me pidió tu mano; y que
tú por un capricho necio
se la negaste, alegando
que era un enemigo fiero
de Atenas. Hoy, pues, al frente
de un exército soberbio
de Megarienses, amaga
con un porfiado cerco
nuestra Patria. En este instante,
Sorene, de hablarle vengo;
volvió á pedirme tu mano,
con el noble pensamiento
de coronarte en Atenas,
si le ayudó como puedo
á tomar esta Ciudad.
Complacióme su proyecto,
de modo que no dudé
en quedar con él de acuerdo
para que esta misma noche
(pues, el Rey, reconociendo
nuestro peligro, volvió
á retirarse al momento)
con un trozo de los suyos,
se acerque con gran silencio
á la puerta de Occidente,
cuya entrada desde luego
le sería franqueada
por mí. En aqueste supuesto,
Sorene, tan solo resta
que tú, pues ves que va en ello
la ventura de los dos,
dés, quanto hice yo, por hecho
Sor. Calla ya, que por los Dioses
Soberanos, me avergüenzo
de que en sangre mia quepan
tan bastardos pensamientos.
Tú volver contra tu patria
infamemente el acero,
y en vez de ofrecer heroyca
y noblemente tu pecho
á las enemigas lanzas
por tu Rey, y por el Reyno,
tratas de sacrificarlos
hoy á su enemigo mesmo?
Qué te hizo la Patria aleve?
Tu Rey, traydor, qué te ha hecho
que así por víctimas quieres
á tu ambicion ofrecerlos?
Y ya que á tí no te deban
el mas mínimo respeto
tu Rey, tu Patria, tu Sangre,
y tu Religion, perverso,
qué viste en mí para creer
que con tal abatimiento
pensara? Yo dar mi mano
á un enemigo sangriento
de todos? He, si conforme
me ofrece el pequeño Reyno

de Atenas, darme ofreciera
el de todo el Universo,
por no hacer suya mi mano,
me la cortara primero.
Ast. Oh noble Ateniense! *Ucl.* Oh alma
digna de todo mi aprecio.
Ast. Pues supe ya su designio,
porque frustrarle con tiempo
pueda el Rey, á darle aviso
quiero ir, y volver luego. *vas.*
Meg. Mira, Sorene, que ya
di mi palabra, y no puedo
faltar á ella. *Sor.* Contáras
con mi voluntad primero.
Meg. Mira que lo pido yo,
y que te conviene hacerlo.
Sor. Ventajas que han de cubrirme
de oprobio, yo no las quiero.
Y en fin, Megacles, no solo
noble y constante repruebo
tus ideas, sino que
desde ahora te prevengo
que sino vuelves en tí
detestando en el momento
tu aleve designio, yo,
yo misma, sí, anteponiendo
mi patria á mi propria sangre,
seré quien al justiciero
Pisistrato te delate:
pida tu castigo mesmo,
y aun si para executarle
faltára verdugo fiero,
me sobraria lealtad
y constancia para serlo.
Ucl. Hay, Sorene, tu nobleza
mas que tu hermosura aprecio.
Meg. Pues una vez, muger fatua,
que ni amenazas ni ruegos
bastan hoy á que conozcas
la ventura que te ofrezco,
quedate, que si logrado
se ve nuestro pensamiento,
lo que ahora el ruego no alcanza,
logrará la fuerza luego. *hace que part.*
Sor. Mira que he de descubrirte. (*nacion.*
Meg. Qué dices? *volviendose con indig-*
Sor. Que á los Supremos
Dioses juro ::: *Meg.* Ingrata, así
frustaré tu juramento.

Tira de un puñal, y al ir á herirla sale Uclides y le detiene.

Ucl. Qué haces bárbaro? Detente.
Meg. Cómo? Tú aleve encubierto
así en mi casa, ultrajando
mi honor? ::: *Ucl.* Deten el acento,
Megacles, que hombres que deben
la cuna que yo á los cielos,
á donde quiera que van,
van á dar honor. Aquesto
que sienta mi lengua aquí
sostiene fuera mi acero.
Bien que mas que por tu honor
hallarme ahora encubierto
habrás sentido, porque
salí á contener tu exceso,
despues que oí tus heroycos
y leales pensamientos.
Recelarás, con razon,
que yo á mi venganza atento,
mas que á mi nobleza, hoy
me valdré del torpe medio
de publicar tus delitos
para quedar satisfecho.
Pero no es mi corazon
tan débil, que al baxo precio
de una infamia, comprar quiera
la ruina y abatimiento
de sus émulos: iré,
por cumplir con lo que debo
á mi patria á malograr
tu intencion: pero supuesto
que sin descubrir tu culpa,
lograr mi designio puedo,
yo te juro sepultarla
eternamente en mi pecho.
No obstante, de esta nobleza
que no abuses te aconsejo,
pues quien hoy calla y encubre
tus detestables proyectos,
mañana, si de quien eres
no te acuerdas, cuerpo á cuerpo
sabrá arrancarte á pedazos
tan vil corazon del pecho. *vase.*
Por la derec. Ast. S. M. me ha mandado
decirte que en su aposento *á Sorene.*
te espera. Así podré darla
con el debido secreto
el recado que la Reyna

me dexó con gran misterio
para ella al partir. *Sor.* Responda
mi humildad obedeciendo.
Ast. A qué habrá venido Uclides? *ap.*
Sor. Nobleza una prueba demos,
de que entre el Rey y la sangre,
debe ser el Rey primero. *vase.*
Ast. Pues ya sabe el Rey su culpa,
no está su castigo lejos. *vase.*
Uclid. Lealtad contra los designios
de aqueste traydor, velemos. *vase.*
Meg. Aunque he visto, que contraria
hoy á la fortuna tengo,
pues Uclides ha ofrecido
no descubrir mis intentos,
hasta vengarnos de todos,
rencores no desmayemos. *vase.*

Aposento mas largo: descúbrese Pisistrato sentado á una mesa, en que habrá escribania y papeles en acto de escribir, y Arages en pie á su lado, observando su profunda contemplacion.

Arag. Señor, si acaso los años
de mi corto entendimiento
pueden en algo serviros.
Pis. Y bien, ese ofrecimiento
á que proposito ahora?
Arag. Como hace rato que os veo
con esa pluma en la mano
contemplativo y suspenso,
y que nada habeis escrito:::
Pis. Es que, pensarlo antes debo;
que si lo que escribe un Rey
ni aun llega á borrarlo el tiempo,
si yerro yo lo que escribo,
quién ha de borrar mi yerro?
Arag. Cierto es. *Pis.* Gracias iba á hacer,
y estaba pesando atento
en la balanza del juicio
los méritos con los premios,
para saber á quien doy,
y como doy, pues contemplo
que es, aun mas que generoso,
ó fatuo, ó muy poco cuerdo,
quien prodiga sus mercedes
sin este conocimiento. (están
Arag. No hay duda. *Sale Uclid.* Señor,
conforme á vuestro precepto
las valerosas Legiones
sobre las armas. *Pis.* Intento
dentro de una hora atacar
al enemigo. *Arag.* Los Cielos
os den su favor. *Pis.* Así
lo espero. *Sale Lic.* Ya obedeciendo
vuestro mandato real,
queda en el alcazar preso
Megacles. *Uclid.* Megacles? Dioses.
Arag. No habiendo otro fundamento
que el que os dixo Astiages, juzgo
que andais sobrado severo,
pues quizá una reprension
bastaria á contenerlo.
Pis. Arages, si á un edificio
se prende un voraz incendio
por el chapitel, el mas
sabio y oportuno medio
para cortarle, y que no
venga á padecer el resto
del edificio, es echar
todo el chapitel al suelo.
Arag. Es verdad. *Pis.* Qualquiera daño
tiene muy facil remedio
quando con tiempo se acude,
pero no, fuera de tiempo.
Lic. Soy de ese dictamen mismo,
Señor, y la accion apruebo;
que una vez que concibió
contra vos tan vil proyecto,
le llevará á execucion
sin duda, á dexarle hacerlo.
Uclid. Pues cómo ó quándo ha sabido
Astiages::: no lo comprendo.
Arag. Os amo mucho, y sintiera
que aquellos que le creyeron
origen de las pasadas
turbulencias de este reyno,
á venganza y no á justicia
atribuyeran este hecho.
Pis. El Rey que aspira á llenar
su deber, atiende á aquello
que le dice la justicia,
no á lo que dirán sus Pueblos.
En fin, Licurgo, á tu cargo
desde hoy su custodia dexo:
pues si del crimen que dicen
hoy á convencerle llego,
he de dar con su castigo
el mas horroroso exemplo

de mi justicia, á los que
piadoso no me quisieron.
Lic. Corazon, cesó el motivo *ap.*
de tu envidia. *vase. Pis.* Así desmiento
lo que pienso hacer despues. *ap.*
Tú Uclides, ve, y los guerreros
animos de mis soldados
inflama, que pues tenemos
aviso que el enemigo
hoy ha quedado de acuerdo
con Megacles, en venir
amparado del silencio
de la noche ácia el portillo
de Occidente, satisfecho
en que á su seña tendrán
franco el paso, sorprenderlos
pienso con algunas tropas,
mientras que tú con el resto
les atacas por la parte
del rio. *Uclid.* Ya os obedezco,
aunque se que les inflama
á todos su amor y zelo. *vase.*
Pis. Y pues ha de ser mal visto
que en un dia, en que de nuevo
subo al trono, los servicios
de los unos no compenso,
ya que los delitos de otros
castigo para escarmiento:
la plaza de Presidente
de los Archoontes, que créo
tenia Megacles, que
recaiga en Licurgo quiero,
y en Astiages, la que él dexe.
El político gobierno
del astillero que unia
á la Presidencia, ordeno
que pase á Uclides desde hoy;
y el digno y honroso empleo
que este gozaba, á Pristanes,
cuya lealtad y zelo
me recomendó la Reyna
poco ha. *Arag.* Ved que ese gobierno,
quasi siempre estuvo unido
á la Presidencia, y temo
que lleven á mal los Jueces
esta mudanza. *Pis.* Lo creo;
pero conviene no estén
estos dos grandes empleos
como estuvieron hasta hoy
unidos en un sugeto. *(levantandose.*
Arag. Pues, por qué, Señor? *Pis.* Yo vi
descender un arroyuelo,
poco ha desde la colina
de Marte, muy placentero
y humilde, y regar el prado
con mormullo y sin estruendo,
dexando la yervecilla
lozana, y con vigor nuevo.
Ví despues que á su corriente
mansa, por rumbos diversos,
se unió la de otros arroyos
humildes como el primero:
y haciendose de improviso
un raudal de todos ellos,
le ví á poco dilatarse
embrabecido y soberbio,
llevando tras su corriente
los álamos corpulentos.
Esto ví, y no quiero, Arages,
que por dexar indiscreto
que se unan muchas corrientes,
el que es hoy manso arroyuelo,
hasta el tronco del laurel
lleve mañana soberbio. *vase.*
Arag. Quién dexará de admirar
tan sublime entendimiento! *vase.*
Carcel corta. Por la izquierda Megacles con cadenas.
Meg. Ah vil fortuna. Qué pronto
de mis altos pensamientos
te declaraste enemiga!
Qué presto (ay de mí!) qué presto
disipaste la alhagueña
esperanza con que un tiempo
mi ambicion lisongeabas!
Oh mal haya, amen, el necio
que sabe que eres muger,
y fia en tu ofrecimiento.
Yo que del laurel de Atenas,
esperaba por momentos
coronar mis sienes: yo
que vengarme de mis fieros
enemigos, á mi salvo
creí: yo en fin, que soberbio
y orgulloso ayer pensaba
poner todo el universo
á mis plantas, con tu ayuda
y la de mi fino ingenio,

hoy me veo ya á una dura
triste cadena sujeto,
esperando por instantes
que el mismo (esto es lo que siento)
el mismo, á quien mis ardides
hoy en el Templo pusieron,
dé al mundo con mi castigo
el mas horroroso exemplo.
Mal haya, vuelvo á decir,
quien á tu voluble genio
fió su dicha, y mal haya
tambien el aleve pecho
que con su noble promesa
aseguró mi recelo
para venderme. Si yo
romper pudiera los yerros
que me oprimen! Si escalar
pudiera esta carcel, presto
quedarian mis rencores,
de aquel traydor satisfechos.

Por la derecha Uclides, con una escalera de mano debaxo del ropon.

Uclid. Valiendome de un instante
en que hasta Palacio ha vuelto
llamado del Rey, Licurgo,
mis generosos deseos
logré, pues á mis promesas
y reputacion, atentos
los que guardan á Megacles,
no solo entrada me dieron
en su prision, sino que
no revelar el secreto
me juraron. Ea amor,
ea nobleza, no el tiempo
perdamos ya que los dos
me pusisteis en el riesgo.
Alli está. Megacles. *Meg.* Quién
me llama? Pero qué veo?
Traydor, villano, engañoso:::
Uclid. Suspende injustos dicterios,
y no con perjuicio tuyo
desperdiciemos el tiempo.
El Rey supo tu delito,
y aunque no por mí, yo atento
á que tal vez formarias
de mi nobleza un concepto
poco ventajoso, quise
desmentirle con los hechos,
porque al fin, con las palabras
el mas traydor sabe hacerlo.
Esta lima y esta escala
son los auxîlios que puedo
prestarte para que evites
hoy tu peligro. Hazlo presto,
porque sino, creo que
no te han de ser de provecho.
Recibe pues, de mi mano
este generoso obsequio,
y no creas que le hago
por piedad ni por afecto
(pues si he de hablar con franqueza
de los traydores, los menos)
Le hago por dexar mi fama
siempre en el lugar que debo,
y acreditar que no sé
obrar con abatimiento.
Huye pues: mas tén sabido
que si á unirte, como creo,
vas, con el fiero enemigo
de Atenas, y en el encuentro
te hallo, estás poco seguro
del odio que te profeso. *hace que se va.*
Meg. Tente, que oigo ruido. *Uclid.* Dioses,
quién será? *Meg.* Ocultate presto
en esta lobrega estancia
hasta ver quien es. *Uclid.* En riesgo
está mi fama, si llegan
á descubrirme. Agradezco
el arbitrio, y porque no
se malogre nuestro intento,
dame la escala y la lima.
Meg. Toma, y ocultate luego.

Uclides entra por la izquierda, llevandose la lima y la escala.

Por la derecha Pisistrato y Licurgo, que vuelve á partir despues de estos versos.

Pis. Vete, y cuenta con que alguno
ose llegar á este puesto
mientras yo esté en él.
Meg. Quien es? *Pis.* Yo.
Al paño Uclid. El Rey aquí? Con qué intento
habrá venido! *Meg.* Señor:::
vuestra magestad::: No acierto
ni aun á mirarle. *Pis.* Repara
lo que dices. *Meg.* Yo::: *Pis.* Tan presto
me desconoces? No es quien
viene á verte el justiciero
Rey de Atenas; ese sabe

tu delito: es Juez, y recto;
y siendolo, mal pudiera
venir con el pensamiento
que yo. Pisistrato soy
no mas, Megacles, que viendo
el riesgo en que está tu vida,
á darte una idea vengo
de que no olvidan sus deudas
jamas los hidalgos pechos.
Una fineza me hiciste,
y aunque yo sé el fin que en ello
llevaste, y que te movió
mas que el mio, tu provecho,
ya recibí la fineza,
y ahora á pagartela vengo
con otra mayor, pues tú
no hiciste, á lo que yo entiendo,
mas que volverme lo que
contra uno y otro derecho
me quitaste: y yo he venido
á darte ahora lo que ellos
te mandan quitar. El Rey,
administrador severo
de la justicia, que en él
depositaron los Cielos,
contra tu vida fulmina
la sentencia: debe hacerlo
como Rey: mas yo como hombre,
y hombre agradecido, debo
tambien decirte el peligro,
y darte oportunos medios
para que le evites. Nada
te asombre: con el silencio
de la noche, un confidente
mio vendrá á todo riesgo,
y te pondrá en libertad.
, despues, huye el funesto
fin que te amenaza, y guarda
de esta fineza el secreto,
no se queje de mí el Rey
tal vez, si llega á saberlo.
Bien que no importa decirlo,
pues yo sé que en todos tiempos
disculparán esta accion
los que reflexîonen cuerdos,
que si hizo el Rey lo que debe,
yo, lo que debia he hecho. *vase.*
Uclid. Heroyca accion. *Meg.* Tan corrido,
admirado y suspenso
me dexa esta accion, que apenas
volver de mi asombro puedo.
Uclides. *Uclid.* Partió ya? *Meg.* Si.
Uclid. Aprende pues, de tu dueño
á pensar con hidalguia,
y obrar con grandeza, viendo
que para poder cumplir
con la ley de caballero
pagandote una fineza,
olvida en este momento,
no solo que es Rey, sino
que te atreviste á ofenderlo.
En fin, él te ofrece dar
libertad: yo te doy medios
Dexandole la escala y la lima.
con que lograrla: uno y otro,
nuestro deber hemos hecho,
ahora tú admite de quien
mas te convenga el obsequio;
pero vive persuadido
á que en qualesquiera tiempo,
si tus ideas horribles
no enmiendas con nobles hechos,
has de hallar en mí, un constante
enemigo verdadero. *vase.*
Meg. Yo amansaria tu orgullo
sino oprimiera mi esfuerzo
esta prision; pero pues
me dexa él mismo, instrumentos
para salir de ella, voy
sin detenerme á usar de ellos,
no sea que se arrepienta
el Rey, y se quede en riesgo
mi vida: pero si yo
esta noche á verme llego
fuera de aquí, de tí, de él,
y todos vengarme espero. *vase.*

Mutacion larga de selva. A la izquierda del foro se descubre una parte de la Ciudad, cercada de muralla, con portillo: dentro de ella se eleva una torre con ventana practicable en lo mas alto de ella. Noche obscura, y sale por la derecha Araspe, Licas y Sold. Magarienses.

Arasp. Amigos, el feliz logro
de esta empresa en el secreto
pende no mas: ya á la vista,
sino me engaño, tenemos
el portillo de Occidente,

que es el que mi verdadero
Amigo Megacles guarda,
y á mi seña estará abierto.
La hora que me dió está cerca:
con que así no perder tiempo
Licas: parte, y á Leonidas
asiste: con todo el resto
del exército, llamad

Fixa Megacles la escala de cuerda en la ventana, y empieza á desprenderse por ella.

la atencion de los soberbios
Atenienses á la parte
Oriental, mientras yo llego
con este trozo al portillo.

Licas. Tu ley, será norte nuestro. *vase.*

Arasp. Ea hijos, la fortuna
nos busca: no malogremos
la ocasion que nos ofrece
de hacer nuestro nombre eterno.
Acerquémonos al muro
sin rumor: pero teneos,
que sino me engaño, un hombre
por él está descendiendo
asido á una cuerda. No
me engañé. *Meg.* Dioses, qué veo?

Acaba de baxar, y repara en Araspe y los suyos.

Arasp. Esperad todos, en tanto
que á reconocerle llego.

Desembayna el estoque, y camina ácia Megacles.

Meg. Perdido soy, pues sin duda
es patrulla de los nuestros,
que de la plaza ha salido
á descubrir los intentos
del enemigo. *Ar.* Quién va?

Meg. Qué haré, que ni aun armas tengo
para ponerme en defensa.

Arasp. Diga quien es, ó á que efecto
sale de la plaza ahora? (*amenazándole.*
responda, ó viven los Cielos:::

Meg. Señor, tened. *Ar.* Date pues,
á mis armas prisionero.

Meg. Qué oigo? Ya lo estoy. Fortuna,
por las razones infiero
que son tropas de Megara.
Acercarme al cabo pienso
por si á pesar de lo obscuro
de la noche conocerlos

Acercandose á Araspe y exâminandole cuidadosamente.

puedo. *Arasp.* Dí, eres desertor,
ó espia? Llega sin miedo,
y dí la verdad *Meg.* Qué miro?
Araspe. *Ar.* Qué es lo que veo?
Qué es esto Megacles? *Meg.* Ser
feliz, pues contigo encuentro.

Arasp. Dime, qué causa::: *Meg.* despue
por menor todo el súceso
sabrás, que ahora solo importa
saber, que está descubierto
nuestro designio, y que el Rey
se hallará, segun entiendo,
en esa parte del muro
con los suyos encubierto,
persuadido á que vendras
segun quedamos de acuerdo,
á entrar por él en la plaza.

Arasp. Pues si tardas un momento,
ya iba á hacer la seña. *Meg.* Todos
pereciais sin remedio.

Arasp. Pues una vez que la suerte
dispone que tan á tiempo
llegue el aviso::: *Dent. Uclid.* Soldados
sigamosles con denuedo
pues huyen. *Arag.* Amigos, ya
se trabó el choque sangriento
por la otra parte, segun
anuncian aquellos ecos.

Dent. del muro. Hijos, á buscar el triunf

Pis. Seguidme.

Sale por el portillo seguido de Astiage y soldados con hachas: Araspe, Megacles, y los suyos se ponen en defensa.

Arasp. Valor, y á ellos
Megarienses, pues está
la fortuna á favor nuestro.

A un tiempo mismo entran Megacles y suyos retirando por la derecha á Pis trato, y los que le siguen; y por la i quierda sale Uclides retirandose de L cas, y algunos Megarienses con achas encendidas.

Uclid. Cobardes, todos sois pocos
para triunfar de mi aliento, (m
mientras tenga vida. *Voz. dent.* Huy

Arasp. Victoria por el esfuerzo
de Megara.
[Sal]en acuchillando á Uclides por un lado de la derecha, y por otro sale [Pisi]strato con el rostro ensangrentado, defendiendose de Megacles, y dos Megarienses con achas.
[Me]g. Pues has visto
que los Dioses justicieros
castigan tu negro crimen,
[ri]ndete. *Pis.* Traidor, ya veo
que herido y solo, no es facil
defenderme; pero quiero
mejor morir, que deberte
tu piedad.
[Pi]erde el estoque, van á tirarse á él los soldados, y Meg. los detiene.
[Me]g. Deteneos,
que en llevarle vivo, está
todo mi envanecimiento.
[Sale por] la derecha Casandane con trage de Griego, broquel y estoque.
Qué miro? Acudid, que el Rey
[pel]igra. Viles, defiendo
[Les e]mbiste, y ellos se ponen en defensa.
[su] vida yo. *Meg.* Amigos mios,
[ma]tadle. *Cas.* No es facil eso,
[qu]e es el estoque que vibro *los retira*
rayo del firmamento. *(por la izq.*
Dioses, quién será este joven
que denodado y soberbio
me dió la vida? *cobrando su estoque.*
[Sale por] la derecha Licurgo, y Astiages, y Atenienses con achas.
Corramos
á su socorro. Mas Cielos:::
[Se]ñor, pues los nuestros huyen
vencidos y desechos,
salvad la vida. En la plaza,
sin detencion nos entremos.
Centinela, abre el portillo.
[Dent.] Prist. Victoria por el excelso
[Pi]sistrato. *Pis.* Es ilusion?
Cómo puede ser, si llenos
[de] espanto y desorden, todos
[nu]estros soldados huyeron
[ah]ora, sin que bástara
[mi] valor á contenerlos?
[D]ent. Uclid. Seguid su alcanze Atenienses,
sin que perdone el esfuerzo
vuestro, una vida. *Dent. Prist.* Victoria
por Atenas. *Pis.* Será sueño
Licurgo? *Sale Prist.* Señor, ya queda
el campo y triunfo por vuestros.
Pis. Cómo, Pristanes, cambió
la fortuna este suceso
en un instante? *Prist.* Señor,
al nunca vencido esfuerzo
de la Reyna debeis hoy
esta victoria, y el pueblo
su libertad: esta tarde
salió con grande misterio,
disfrazando su persona
con un trage de los vuestros,
de mi solo acompañada,
y apenas con mucho riesgo
hasta Phalare llegamos,
quando en un barco velero,
que sin duda de orden suya
ya alli se hallaba dispuesto,
pasamos á los Argivos,
cuyos generosos pechos,
apenas á su Señora
en tal trage descubrieron,
y oyeron vuestro peligro,
quando leales, en menos
de dos horas, tres mil hombres
de la nobleza y el pueblo
tomaron por vos las armas.
Botamos, pues, al momento
los barcos que habia en tierra,
y repartidos en ellos
nos dirigimos á Atenas,
amparados del silencio
de la noche: de manera
que llegamos en el tiempo
crítico que ya aterrados
huían todos los nuestros.
Pero la voz y el valor
de aquella Palas, exemplo
de amor y afrenta de quantas
heroynas conocieron
las edades, no tan solo
logró entonces contenerlos,
sino que puesta á la frente
de ellos y de su refuerzo,
entró por las vencedoras
aces, con tanto denuedo,

que logró desbaratarlos,
aun antes de acometerlos.
En fin, gran Señor, los pocos
que del impulso funesto
de su vigoroso brazo
librar la vida pudieron,
rotos, quanto escarmentados,
á las naves se acogieron,
dexando por nuestro el campo,
y el triunfo todo por vuestro.

Dentro voces. Victoria por la invencible
y nueva Palas.

Por el foro Uclides, acuchillando á Megacles, que viene á caer muerto á los pies de Pisistrato.

Meg. Me has muerto.
Ucl. Cumplí lo que allá en la carcel
te ofrecí. *Pis.* Tente, qué veo?
No le mates. *Ucl.* Ya es despues,
Señor, y de ello me alegro.
Pis. Pues dime, Licurgo, quién
dió libertad al perverso?
Ucl. Yo, antes que vos, por cumplir
con lo que á mi sangre debo
y por matarle despues.
Pis. Bien, yo perdono tu yerro.

Por el foro Casandane, con las banderas de Megara, en que habrá pintadas tres estrellas, y el estoque desnudo, y ensangrentado, seguida de algunos soldados Atenienses.

Cas. Vamos á buscar al Rey (*á encontrarla.*
amigos. *Pis.* Dioses, qué veo? *corriendo*
Casandane hermosa, escudo
generoso de mi Reyno
y gloria mia, ya sé
quanto á tu fineza debo.
Cas. Prodigios son de mi amor
esposo; pero qué advierto?
cara me está la victoria,
pues me cuesta el sentimiento
de ver cubierto de sangre
que adoro, el precioso espejo
en que me miraba. Ah!
si supiera mi tormento
la osada mano, que ::: *Pis.* Gracias
á un animoso mancebo,
que para librar mi vida,
puso la suya á gran riesgo.
Cas. A nadie des esas gracias,
que quien te dá el vencimiento,
te dió aqui la vida. Mas
juro á los Dioses eternos,
que á haber yo visto esa sangre
que ahora por desgracia veo,
no habia de haber dexado
en sus alevosos pechos,
corazon que no arrancara,
despedazara, y aun creo
que comiera ::: *Pis.* Amada esposa,
disipa tu sentimiento,
que de una muy leve herida
es esta sangre: y ya el cielo
por mano de Uclides, dió
muerte al autor de este exceso.
Cas. Es Megacles? *Pis.* Sí. *Cas.* Ah traidor!
Uclides, está bien muerto,
y en albricias de esta accion,
pide gracias. *Ucl.* Una espero
solamente. *Cas.* Yo en el nombre
de mi esposo te la ofrezco,
dí. *Ucl.* La mano de Sorene.
Cas. Tuya es, si ella biene en ello.
Pis. Pristanes, mientras tú cuidas
de recoger los trofeos
que hayan dexado en el campo,
nosotros, mi bien, entremos
en la plaza, á celebrar
la victoria que debemos
á tu brazo, y en honor
tuyo, y gloria de este Reyno,
hará mi amor erigir
un soberbio monumento
que recuerde accion tan grande
á los siglos venideros.
Ucl. Vamos, mas digan en tanto
en su aplauso nuestros ecos.
El y todos. Viva la Heroyca Espartana,
gloria y honor de este Reyno.

FIN.

Con licencia en Madrid: Año de 1800.
En la Imprenta de Ruiz, calle de Embaxadores junto á San Cayetano, donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos, sueltas y por docenas á precios equitativos.

Ximenez